

El denario

XXV Domingo T.O. – A

24/ IX /2017
Oratorio de san Felipe Neri
Alcalá de Henares

Jesús suele usar en las parábolas imágenes de la vida cotidiana. Eso les hace parecer sencillas, pero no lo son. Siempre introduce algún elemento desconcertante, con el que despunta la novedad de su enseñanza y nos empuja a una conversión de la mente y del corazón.

En la parábola de hoy, un propietario contrata a unos jornaleros en la plaza por un denario. Lo hace al alba, para toda la jornada. Es una escena común en cualquier pueblo de Galilea. Igual que era común que, conforme a la ley del Antiguo Testamento, se pagase lo acordado al finalizar la jornada de trabajo en el campo, al ponerse el sol.

A partir de aquí empiezan las extrañezas, porque el propietario vuelve a buscar más trabajadores a media mañana —las 10—. No contento con eso hace lo mismo al mediodía —las 12; y a media tarde —las 3—. Y por último al caer la tarde, se refiere a las 5 de la tarde. No es imaginable que un propietario saliese a buscar trabajadores para su viña más allá de media mañana, mucho menos ya por la tarde. ¿Qué rendimiento podría buscar de unos trabajadores que llegaban al trabajo cuando la jornada estaba para concluir? No le mueve el interés normal y legítimo de un propietario cualquiera. No les dice: “Necesito más trabajadores para terminar el trabajo”; sino: “¿qué hacéis ahí sin trabajar?” No mira por el rendimiento de su viña, sino por el bien de los que ve desempleados, porque ese trabajo en la viña es ya un bien, un bien para quien ama, lo veremos enseguida. Antes, tenemos que fijarnos en el dato más sorprendente, el de la paga.

A los que han trabajado una hora, solamente una hora, les paga un denario. Y a los que han trabajado de sol a sol, unas doce horas, un denario también. Cierto que eso es lo que les había ofrecido, pero algo no cuadra. Y en cierto sentido entendemos la queja de los que dicen: «Hemos aguantado el peso del día y el bochorno” y nos pagas lo mismo que a los que solo han trabajado una hora». Bien mirado, no nos extraña la perplejidad de los jornaleros de primera hora.

La perplejidad desaparece si entendemos lo que significa el denario, con el que paga a los primeros igual que a los últimos. El papa Benedicto XVI comentó en cierta ocasión —como mucho antes san Agustín— que este denario «**representa la vida eterna, don que Dios reserva a todos**». Recibir la vida eterna es entrar en la comunión perfecta con Jesucristo y por él en la Vida de Dios, en la vida de la Trinidad. La vida eterna se resume en la comunión con Cristo, él es el contenido fundamental de la vida eterna, el denario del que habla el Evangelio.

Aquí está la clave para entender la justicia, la bondad y la liberalidad del dueño de la viña, que evidentemente representa a Dios. Al dar a Jesucristo, Dios da lo más precioso que

tiene y se da a sí mismo, porque «en Cristo —como dice san Pablo— habita corporalmente la plenitud de la divinidad». Al darnos a su Hijo hecho hombre se nos abren las riquezas insondables de la vida eterna. Considerando la infinita riqueza de esta paga, entendemos que Dios no da más porque no tiene más que dar. Dándonos a Cristo nos lo da todo. ¡Cristo, Mar de Gloria, siempre más grande que todas las necesidades y todos los deseos de nuestro corazón!

Esta paga sobrepasa infinitamente lo que merecen los trabajadores de primera hora, tanto como sobrepasa lo que merecen los trabajadores de la hora undécima. Pero lo que es mejor: esta paga es mucho más grande que todo lo que podamos necesitar, desear, imaginar... Y a todos se nos promete este paga inmerecida: Cristo Jesús, que —como cantará san Bernardo— **«supera todo gozo y todo deseo»**.

Dios nos ha llamado a trabajar en su Reino, esta es la viña. Como esposos y padres, o como sacerdotes. Estudiando o ejerciendo un oficio en el mundo, o consagrándose a la oración, lejos de las miradas de todos. Pero no nos equivoquemos: no se nos promete una vida más fácil si nos entregamos a Dios. Ni más riqueza si hacemos nuestro trabajo como Dios quiere. No se nos promete que las cosas con nuestros hijos vayan a ser fáciles, si somos padres como Dios quiere; ni el éxito, si somos curas como Dios quiere. La promesa para todos es igual, igual de grande, no la hay más grande. Solo lo más grande es digno de la liberalidad de Dios, de su bondad y de su grandeza. Y no hay mayor bien que Cristo, que **«supera todo gozo y todo deseo»**.

Pero si esta paga es en realidad la misma persona de Cristo, entonces solo el amor puede comprender su valor y gozar de él. Es paga solo para el que ama. El que no ama queda excluido, por mucho que haya trabajado, y corre el riesgo de quedar “el último”. El que no ama a Cristo no entiende, querrá otras recompensas y le pedirá cuenta a Dios de lo que ha trabajado, de lo fiel que ha sido, de las veces que no ha robado, o no ha engañado, o no ha mentado como los otros. Pero está ciego: no ve el don que se le ofrece, no entiende su valor... y corre el riesgo de quedar el último, de quedarse sin nada.

Isaías nos estimula a amar a Dios: **«Buscad a Dios»**. **Buscamos lo que amamos. Y crecemos en el amor de lo que buscamos y deseamos. Busquemos a Dios por Dios, busquemos, esperemos, deseemos, amemos a Dios. No os conforméis con menos.** Buscad a Dios. **Quien busca y desea a Dios, aprende a amarlo**, y cuando Cristo le sale al paso, reconoce a quien buscaba, lo abraza con la fe y experimenta **alegre que este «Cristo supera todo gozo y todo deseo»**. Y entonces ya no importa el trabajo, ni el cansancio, ni la fatiga, ni los dolores. Más aún, por amor a quien le ha amado, por amor a quien ama, está dispuesto a volver al trabajo y a la fatiga. Es el ejemplo de san Pablo. En una ocasión escribe: **«He trabajado más que todos ellos»** —más que el resto de los apóstoles—. En otra ocasión hace una relación de sus trabajos y sufrimientos por la Viña del Señor: viajes por mar, viajes por tierra, cárceles, golpes... Este apóstol, el primero en trabajos y sufrimientos por la Viña del Señor, sabe cuál es su paga y ama esta paga más que ninguna otra cosa: **«Mi vida es Cristo, y una ganancia el morir»**. Pero precisamente por amor a Cristo está dispuesto a seguir trabajando. Ama a Cristo y también lo que su Señor ama, por eso está dispuesto a diferir el gozo del cielo y seguir

trabajando: **«Para mí la vida es Cristo y el morir una ganancia. Pero, si el vivir esta vida mortal me supone trabajo fructífero, no sé qué escoger. Me encuentro en esta alternativa: por un lado, deseo partir para estar con Cristo, que es con mucho lo mejor; pero, por otro, quedarme en esta vida veo que es más necesario»**. Y sigue diciendo a continuación: **«a la vista de esto — es decir: como mi trabajo aún es útil para la viña del Señor— estoy persuadido de que me quedaré»**.

Oh Jesús, Señor nuestro, enséñanos a amarte, a buscarte y a desearte hasta hacer de ti nuestra única paga. Y enséñanos a trabajar sin descanso en tu viña, por amor tuyo. «Jesús, dulzura de los corazones, / fuente vida, luz de las mentes, / que excede toda alegría y todo deseo».

Alabado sea Jesucristo.

Siempre sea alabado.

P. Enrique Santayana C.O.